

Simón Bolívar, sus
últimos días...

Felipe Pigna



SEMILLAS



Yo me enseño, a mí misma,
y a los demás, que en la
imperfección puede
hallarse belleza...

Elena Porras Yampey

Nº 94



El inolvidable padre Atienza...

Juan Pabón Hernández

Personaje / Págs. 6, 7 y 8

“¿Y cómo es la semilla de tu corazón muerto? Es roja la semilla de tu corazón vivo...”



UN CANTO PARA BOLÍVAR
PABLO NERUDA

Padre nuestro que estás en la tierra, en el agua, en el aire
De toda nuestra extensa latitud silenciosa:
todo lleva tu nombre, padre en nuestra morada;
tu apellido la caña levanta la dulzura,
el estaño bolívar tiene un fulgor Bolívar,
el pájaro bolívar sobre el volcán bolívar,
la patata, el salitre, las sombras especiales,
las corrientes, las vetas de fosfórica piedra,
tu herencia fueron ríos, llanuras, campanarios;
todo lo nuestro viene de tu vida apagada;
tu herencia es el pan nuestro de cada día, padre.
Tu pequeño cadáver de capitán valiente
ha extendido en lo inmenso su metálica forma:
de pronto salen dedos tuyos entre la nieve
y el austral pescador saca a la luz de pronto
tu sonrisa, tu voz, palpitando en las redes.



¿De qué color la rosa que junto a tu alma alcemos?
Roja será la rosa que recuerde tu paso.
¿Cómo serán las manos que toquen tu ceniza?
Rojas serán las manos que en tu ceniza nacen.
y las manos que en tu ceniza nacen.
¿Y cómo es la semilla de tu corazón muerto?
Es roja la semilla de tu corazón vivo.
Por eso es hoy la ronda de manos junto a ti.
Junto a mi mano hay otra, y hay otra junto a ella,
otra más, hasta el fondo del continente oscuro.
Y otra mano que tú no conociste entonces
viene también, Bolívar, a estrechar la tuya.
De Teruel, de Madrid, del Jarama, del Ebro,
de la cárcel, del aire, de los muertos de España
llega esta mano roja que es hija de la tuya.
Capitán combatiente, donde una boca

grita libertad, donde un oído escucha,
donde un soldado rojo rompe una frente parda,
donde un laurel de libre brota, donde una nueva
bandera se adorna con la sangre de nuestra nueva tierra.

Bolívar, Capitán, se divisa tu rostro.
otra vez entre pólvora y humo tu espada está naciendo.
otra vez tu bandera con sangre se ha bordado.
Los malvados atacan su semilla de nuevo;
clavado en otra cruz está el Hijo del Hombre.
Pero hacia la esperanza nos conduce tu sombra.
El laurel y la luz de tu ejército rojo
a través de la noche de América, con tu mirada mira.
Tus ojos que vigilan más allá de los mares,
más allá de los pueblos oprimidos y heridos,
más allá de las negras ciudades incendiadas.
Tu voz nace de nuevo; tu voz otra vez nace;
Tu ejército defiende las banderas sagradas;
la Libertad sacude las campanas sangrientas
y un sonido terrible de sonidos precede
la aurora enrojecida por la sangre del hombre.
¡Libertador, un mundo de paz nació entre tus brazos!
la paz, el pan, el trigo de tu sangre nacieron:
de nuestra joven sangre venida de tu sangre
saldrá paz, pan y trigo para el mundo que haremos!
Yo conocí a Bolívar una mañana larga,
en Madrid, en la boca del Quinto Regimiento.
Padre, le dije, ¿eres o no eres, o quién eres?
Y mirando el Cuartel de la Montaña, dijo:
“Despierto cada cien años, cuando despierta el pueblo”. 



Einstein, Bohr y el fenómeno que desafió las leyes de la realidad: los secretos biológicos del entrelazamiento cuántico

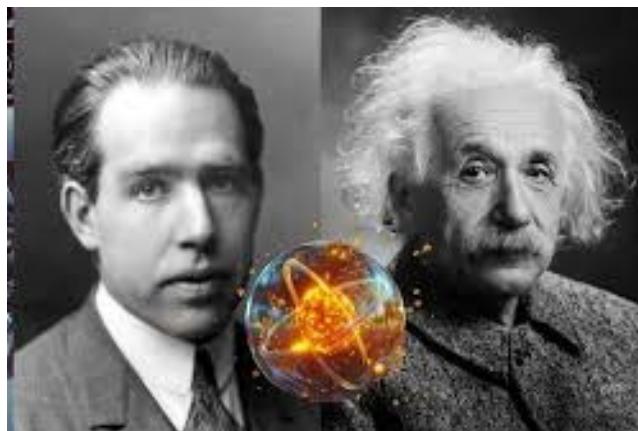
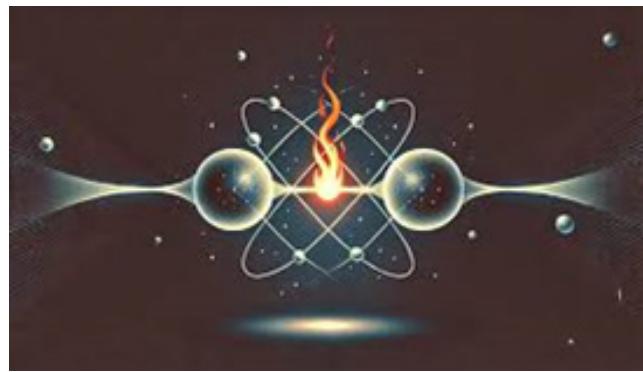
ANA MARTÍN FERNÁNDEZ.

Doctora en física

Tesde su desarrollo a lo largo del último siglo, la mecánica cuántica ha traído consigo nuevos conceptos que nos obligan a replantear nuestra concepción del mundo. Uno de esos extraños fenómenos que introdujo la mecánica cuántica es lo que conocemos como entrelazamiento. Si aún a día de hoy resulta complicado expresarlo en términos simples que puedan integrarse en nuestra concepción del mundo, no es difícil imaginar que hicieron falta numerosas discusiones y quebraderos de cabeza entre los físicos más influyentes del siglo xx para llegar a una descripción más completa de este fenómeno.

En 1911 comenzaron en Solvay, Bélgica, un ciclo de conferencias que reunían a los científicos más destacados de la época para tratar diferentes temas de interés. Una de las más conocidas fue la que tuvo lugar en 1927 y cuya materia central eran los electrones y fotones. Los físicos más notables del mundo se reunieron entonces y la ocasión los llevó a debatir la situación y el significado de la recién formulada teoría cuántica.

La conferencia de 1927 dio lugar a una serie de debates entre Albert Einstein y Niels Bohr acerca de cómo podía ser que la teoría propusiera una forma de describir por completo un sistema físico, utilizando lo que se llama función de onda, y aun así, no fuera posible conocer por completo y de manera simultánea diferentes propiedades de este. Einstein no concebía que, dada una partícula involucrada en un proceso fí-



sico, no fuera posible determinar simultáneamente su velocidad y su posición en un momento dado.

Tanto era así, que Einstein le proponía sistemáticamente a Bohr diversos experimentos mentales para tratar de hacerle entender lo inconcebible que resultaba una teoría como esa. La mecánica cuántica no era compatible con el hecho de que las propiedades de las partículas debían estar predeterminadas y existir independientemente de las medidas que se hicieran en ellas. Es decir, Einstein abogaba por un realismo local que debía ser inherente a la realidad física que experimentamos. La mecánica cuántica se trataba, por lo tanto, de una teoría incompleta. Bohr reflexionaba sobre cada uno de esos experimentos y siempre encontraba una solución que los refutaba. Estas respuestas no siempre satisfacían a Einstein, pero sí al resto de la comunidad científica.

UN EXPERIMENTO MENTAL CON UNA VERDAD INESPERADA

En 1935, Albert Einstein, Boris Podolsky y Nathan Rosen (EPR) publicaron un artículo que consideraban podría ser el experimento mental definitivo para demostrar la incompletitud de la nueva teoría cuántica. En su trabajo, demostraron que, según la teoría cuántica, podría existir una situación en la que al realizar mediciones diferentes en una partícula, otra partícula podría ser descrita por funciones de onda distintas, sin importar a qué distancia estuviera de la primera.

Es decir, el estado de la segunda partícula dependería de la medida realizada sobre la primera. Sin embargo, dado que estas partículas no interactúan de ninguna manera, no debería haber ningún cambio en el segundo sistema como resultado de las mediciones realizadas en el primero. Este planteamiento resultaba inquietante ya que contradecía el principio de localidad, que establece que una partícula solo puede ser influenciada por su entorno inmediato.

EPR concluyen que, dado que «ninguna definición de realidad permitiría esto», la función de onda no puede describir completamente la realidad física y, por lo tanto, la mecánica cuántica tampoco lo hacía. No obstante, dejaron abierta la pregunta de si podría existir una teoría física que permitiera una descripción completa de la realidad física. Lo verdaderamente fascinante de este resultado es que la extraña correlación entre dos partículas independientes, que más tarde se denominaría entrelazamiento, emergió de manera inesperada.

Además, el desarrollo matemático que emplearon para demostrar la incredibilidad de este resultado acabó siendo una descripción matemática del propio estado entrelazado. Este encuentro fortuito con un concepto tan fundamental como el entrelazamiento marcó un hito significativo en el desarrollo de la mecánica cuántica.



Simón Bolívar, sus últimos días...

Il último año de vida de Simón Bolívar estuvo atravesado por las guerras intestinas de los países de América, que tanto él buscó evitar. En Bogotá, donde residía, había resistido el intento de asesinato de algunos sectores de la Gran Colombia, al grito de "tirano" y "dictador". Estaba a la defensiva, en medio de una marea conspirativa. Cuando había respetado las libertades de palabra, reunión y prensa, no había podido evitar que éstas se volvieran contra él, pregonando los opositores el llamado al "Suicidio de Catón".

Frente a estos peligros, Bolívar había decidido quizás el único camino posible, seguramente el más difícil, a fin de mantener el sueño de una América unida. Frente a estos peligros, Bolívar enfrentó los desafíos

abiertos que le habían presentado sus opositores. Declaró la ley marcial en toda Colombia, sustituyó a las autoridades civiles por militares; suspendió las garantías de libertad personal; dio orden de detener a todos los sospechosos de participar en la conspiración; condenó a muerte a catorce de ellos, incluidos hombres de importancia, como su vicepresidente Francisco de Paula Santander,

FELIPE PIGNA

a quien finalmente conmutaron la pena por el destierro.

A su vez, Bolívar debía enfrentar la hostilidad del nuevo presidente del Perú, el general José de La Mar, quien reivindicaba para su país algunos territorios del actual Ecuador, especialmente la prometedora ciudad costera de Guayaquil, y desató una guerra en 1829, en la que el general Antonio José de Sucre colaboraría con Bolívar. Tampoco estaban derrotadas las fuerzas españolas, que esperaban el clima propicio para reconquistar sus territorios coloniales, al tiempo que a Gran Bretaña poco le interesaba una gran unidad política, desde Perú hasta Panamá.

En mayo de 1830, agobiado por el desorden y visiblemente enfermo, Bolívar logró que el Congreso de Bogotá aceptara su renuncia. Los retos separatistas no



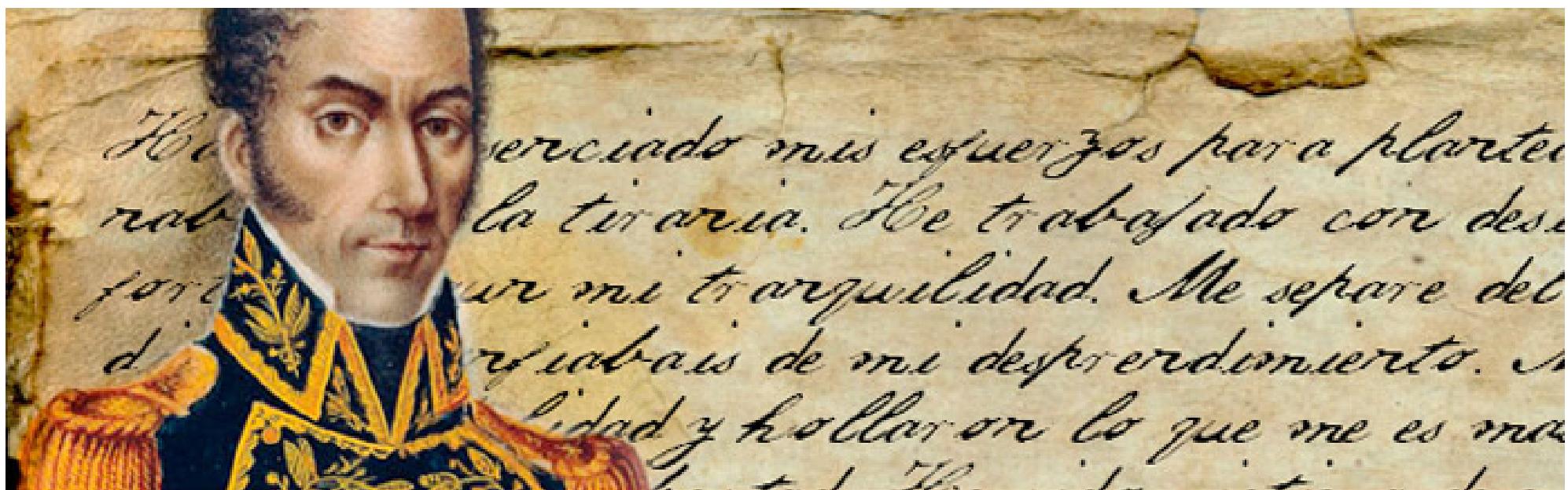
se habían calmado, especialmente de los venezolanos, que se resistían a seguir haciendo costosas ofrendas a la unión colombiana. Ni Bolívar, muy enfermo, ni Sucre, el único con capacidad de hacer valer su legado, estaban con fuerza para seguir luchando.

Difamado en América y en Europa, habiendo vendido y rechazado toda su riqueza, el Libertador había perdido la batalla de la gran Unión. Retirado a las afueras de las murallas de Cartagena, se enteró de la muerte de su amigo Sucre. Entonces, aceptó la invitación de su seguidor Rafael Urdaneta, entonces presidente de Colombia, de "salir del retiro para emplear los servicios como ciudadano y como soldado", según manifestara en Carta Abierta a los colombianos, pero su propuesta fue ambigua, pues no se consideraba capaz de enfrentar nuevos desafíos.

Con fuerza apenas para caminar, con dolores por



reumas y ataques de hígado, aceptó la invitación de un adinerado español para aposentarse en su finca del pequeño poblado colombiano de Santa Marta. En reposo total, Bolívar dictó varias cartas, su testamento y la últi-



ma proclama a los colombianos, donde aseguró: "Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro". El 17 de diciembre de 1830, con apenas 47 años, se cerraba el ciclo de su vida. Antes de morir, había susurrado a sus amigos: "Hemos arado en el mar". Para conmemorar la fecha de su muerte, recordamos las palabras de su última proclama.

COLOMBIANOS:

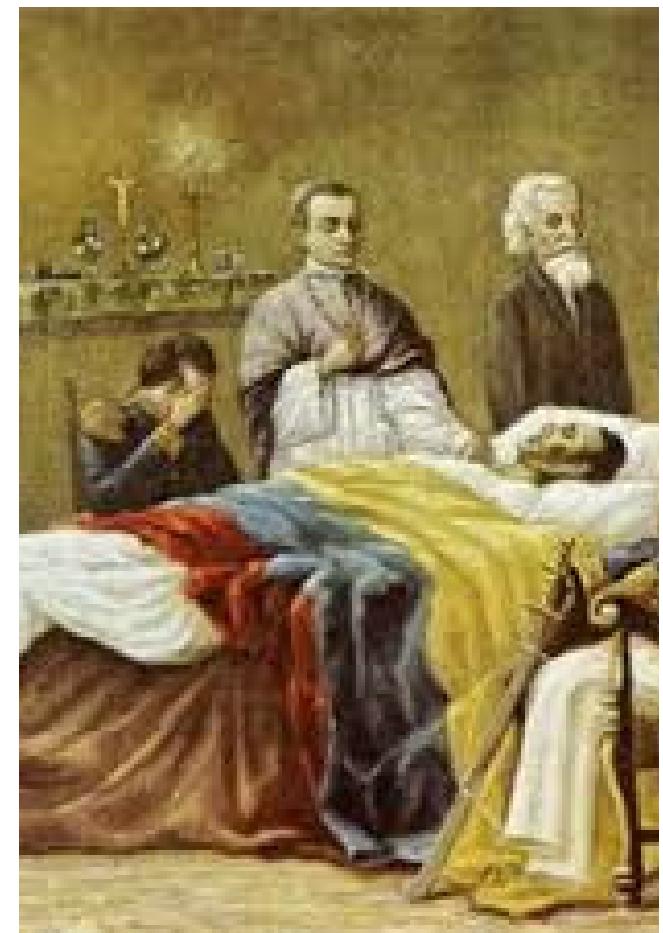
Habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiáis de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado, mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdonó.

Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de



Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la Unión: los pueblos obedeciendo al actual gobierno para librarse de la anarquía; los ministros del santuario dirigiendo sus oraciones al cielo; y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales.

¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro. Hacienda de San Pedro, en Santa Marta, a 10 de diciembre de 1830. Simón Bolívar



(*) Felipe Isidro Pigna (Mercedes, Buenos Aires; 29 de mayo de 1959) es un escritor, divulgador histórico, profesor argentino, especializado en la historia de su país. Es director del Centro de Difusión de la Historia Argentina de la Universidad Nacional de General San Martín, columnista de la radio Vorterix, director de la revista Caras y Caretas y consultor para América Latina del canal de televisión History. 

El inolvidable padre Atienza

Corella (Navarra, España), 27 de febrero de 1909 – Cúcuta, 14 de mayo de 1993.

JUAN PABÓN HERNÁNDEZ

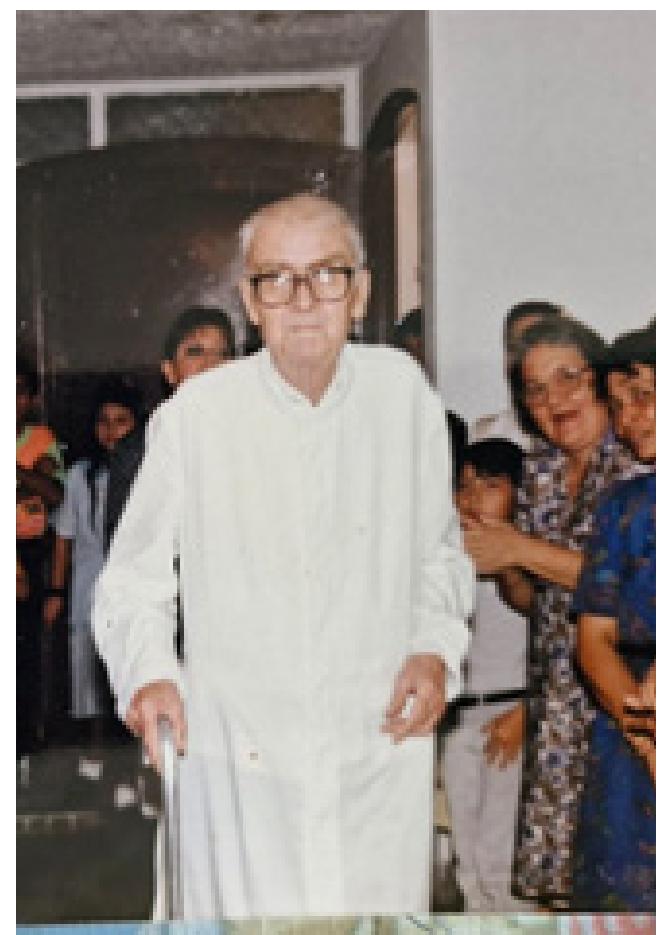
Angel Cayo Atienza nació en Corella, Navarra, al norte de España, el 27 de febrero de 1909, en un hogar acendradamente cristiano, formado por Ángel Atienza y Vicenta Bermejo. Allí, en medio de la bucólica sensación de vivir en contacto con la naturaleza, aprendió a leer y escribir, y a saborear las esencias de su vocación en los fundamentos de una pronta entrega al servicio de Dios, correspondiendo al llamado de su corazón. Para la época, en España, estalló la República y los Superiores Carmelitas decidieron abandonar la madre patria. Acompañado de 14 jóvenes, llegó a Villa de Leiva (Boyacá)... allí se inició su gran amor por Colombia, su patria desde entonces.



Transcurrido un año, junto a otros seis Carmelitas, partió como Misionero a las selvas de Urabá, en donde en 1932, monseñor Miguel Ángel Burles lo ordenó sacerdote. En Urabá el padre Atienza estuvo durante seis años, durante los cuales realizó numerosas actividades, arduas y recias, ricas en aventuras y logros. Estando en Chigorodó, se enteró que, en España, había estallado la Guerra Civil y decidió regresar a su patria a cumplir con el deber. Allí fue el capellán de dos batallones: el V de Oviedo de Trincheras, y el XI de Castilla, de avance. Una vez terminada la guerra, estuvo en Santander, España, en donde se dedicó a escribir: "Al amor de los Caribes" y "Además, Urabá de los Katios", son prueba de ello. Y escribe uno de sus libros más inteligentes y luminosos, una obra de crítica literaria sobre Oscar Wilde que tituló "Oscar Wilde se llamaba el hijo pródigo" y una colección

de Cuentos de Cristal, breves relatos y escenas que mezclan lo poético con lo costumbrista.

Un par de años después, el Obispo de Biyayapurán (India), conoció las obras del sacerdote y quiso que fuera allá y escribiera una novela sobre los misioneros de Malabar, relato que gustó a los Superiores de su comunidad, quienes dispusieron que Atienza fuera primero a Londres para estudiar inglés e ir, luego, a la India. En Londres, el Señor cambió totalmente los designios y dirigió su vida a otra dimensión... Pocos meses después fue destinado a Panamá, donde funda un periódico, El Lábaro, de ocho páginas, escrito casi en su totalidad por él. Se opone a la política educativa del dictador panameño de turno, Arnulfo Arias, por lo que el Padre Atienza hubo de salir huyendo súbitamente para refugiarse en la parte norteamericana del canal, ante un fulminante decreto de expulsión.



De regreso a España, problemas internos en la orden carmelita en torno a la organización de las diferentes provincias, acaban provocando su salida de la orden (nunca, sin embargo, dejó de ser carmelita en su sentimiento) y volvió a Colombia para incorporarse al clero secular: así, llegó a Cúcuta por intermedio de un amigo del Obispo Luis Pérez Hernández, donde se desempeñó como párroco durante casi medio siglo en varias comunidades de la ciudad.

EN CÚCUTA...

Desde entonces vivió en la ciudad, la adoptó como su segunda patria, se hizo ciudadano colombiano y obtuvo la cédula 13.444.828 de Cúcuta. Aquí desarrolló su apostolado en las parroquias de la Santísima Trinidad, como coadjutor del padre José Rubén Rubio y como párroco de Nuestra Señora de las Angustias, la Santísima Trinidad y el Sagrado Corazón de Jesús, en la cual construyó el templo parroquial y la casa cural gracias a la benevolencia de los cucuteños y a la incomparable fe en San José, el patrono de Cúcuta.

Fue colaborador permanente en el periódico Diario de la Frontera y, esporádicamente, escribió en La Opinión. Diariamente visitó a los enfermos como capellán de la Clínica Santa Ana, les llevaba la comunión; un dulce y sus anécdotas y, aunque sea por un rato, los hacía olvidar sus quebrantos. Algunas de sus actuaciones fueron catalogadas como excéntricas, pero no había tal, eran el resultado de una conciencia sacerdotal que lo inducía a decir y hacer las cosas como las sentía...los dichos, el in-



menso amor por los niños, las continuas prédicas por la paz de Colombia y la fobia por los nombres extranjeros o aquellos que no parecían en el santoral, son actuaciones que los cucuteños no podrán olvidar.

Cúcuta lo acogió y lo valoró como uno de sus hijos favoritos, hasta que se volvió un patrimonio de la ciudad y casi una memoria de santidad y honestidad sacerdotal. En sus libros, en medio de la ficción novelesca, se inscribe su experiencia personal, abundante en aventuras y emociones, a través de un contacto íntimo con los pobladores de sus parroquias, desde la violencia extrema de los barrios marginales, hasta la pobreza tan escandalosa a su rebeldía intelectual, por ser una claudicación de la conciencia y de la inteligencia ante la injusticia, tanto de los oligarcas como de las inhumanas brutalidades de la guerrilla (por milagro llegó a viejo).

SU EXTRAVAGANCIA ERA DELICIOSA...

En los días esplendorosos del padre Atienza llegué yo de Bogotá, hacia 1975; me había graduado en la Universidad Javeriana como Ingeniero Civil y regresaba a la provincia con expectativas, pero con una gran incertidumbre en mis asuntos personales, con esos problemas que se magnifican en la gente como yo, más bien dada al romanticismo que a la crudeza de la realidad y que se convierte demasiado ante las inconsistencias, a la hora de la verdad rutinarias y simples, de esa sociedad que abruma de desasosiego.

Era como si estuviera repartiendo caramelos de esperanza, en cada palabra suya, a los que se acercaban, a los viejos, a los jóvenes, a los niños a quienes enseñó a desearle la paz en el altar con la ingenuidad brotando de su alma prístina y su bondad, como lo demostraba al invocar a las "santas madres cristianas" la protección de la niñez. El padre Atienza sabía realizar su misión:

porque cuando oficiaba, desde el altar, su mensaje volaba rogado de ilusiones, entre la sencillez las palabras y una especie de extravagancia deliciosa que lo hacía único: por ejemplo, cuando pasaba un avión y decía "con tal de que no nos traigan bombas..." o en los bautizos en los que reclamaba por nombres genuinos a los atormentados padres que habían llevado a un Jonatan o a un Brian, con el regaño claro "podéis encontrar mil nombres castizos en el santoral..." o en los entierros, tocando fuerte la madera, como festejando con golpes sonoros al muerto de turno, para alegrar su encuentro con el señor, o en cada gesto que lo hacía original, singular entre los sacerdotes, plenamente idóneo.

Después iba a recorrer las calles del Colsag, o de la Riviera, sus barrios, a la clínica Santa Ana, a llevar la comunión a los enfermos y una dulzura en las manos y en los actos, una diversión y un testimonio de fe y misericordia.

EL DON DE SU AMISTAD...

El padre Atienza me enseñó tantas cosas buenas, que aún significan una medida sublime de mi fortaleza espiritual: inspiró mi devoción por San José, me indujo al humanismo, me dio notables lecciones de sencillez y, en especial, me honró con una amistad que extraño a pesar de los años pasados desde su muerte.

Es una de las personas a quienes más he admirado. El ejemplo de este sacerdote abnegado se halla depositado en mi recuerdo como uno de los patrimonios afectivos más interesantes, por cuanto su amistad me representó la maravillosa oportunidad de valorar a un ser excepcional. Su sacerdocio lo ejerció con nobleza, afianzando en la misión pastoral la integridad de un hombre severo consigo mismo, en el afán de procurar a sus fieles la mejor opción espiritual, sin incurrir en exageraciones, ni fanatismos, con una conciencia de que la vida es el proceso de equilibrar el desarrollo material con la armonía de una intimidad fundamentada en el amor a Dios.

Su conversación poseía la fluidez de la sabiduría: entendía la fragilidad humana con bondad, pero especialmente con la sutileza de no convertirse en aquel juez que condenaba, sino en el amigo que orientaba al perdón, al regocijo de aprender de las experiencias para construir una ética personal. (De hecho, así fue su propia vida, en la cual disfrutaba como cualquiera de los mortales un buen vino, una partida de cartas o la apresurada manera de aspirar el humo de un cigarrillo Astor rojo).

Atienza era excéntrico, sus actos lo demostraban, poco convencional, de una autenticidad suprema; por eso conversaba con los difuntos y en sus oficios aparecía, como una constante, la palabra diferente con la que expresaba sin ambages su pensamiento. Me emocionaba



su intenso amor por los niños y la semblanza de ternura que a ellos ofrecía en su altar, al convocarlos a ir hacia él a compartir el anhelo de paz.

Cuando el padre Atienza se paraba frente a la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, antes de la celebración de sus misas, con su sotana blanca, o negra, dependía de la época, inspiraba un respeto indescriptible y fulguraban en él unos maravillosos destellos, combinados de espiritualidad y humanismo.

Entonces prendía un Astor rojo y se deleitaba, mientras esperaba la llegada de sus fieles, entre ellos yo, para conversar de todo, contar historias o rememorar episodios de su legendaria vida, de sus estudios en el seminario de los carmelitas, o de los tiempos misioneros en el Urabá, en las selvas, entre los indígenas katíos, con aventuras que lo condujeron a una semblanza ejemplar, pero bastante complicada, en medio de una bellísima naturaleza, donde todo invitaba a pensar en lo enigmático de la existencia, después de que la penumbra, debajo de los inmensos árboles, se aposentaba en la nostalgia.

Y comenzaba a contar cosas, a enseñar, de todo, de la delicia de Dios, de la religión, de su fervorosa devoción a San José, de los misterios que se escondían detrás de la teología, en fin, a desplegar ese mundo interior que lo hacía grande.

Después de toda esa jornada laboral, en la tarde, esperaba a sus amigos en el patio de la casa, a jugar póker, a fumar Astor, en la quietud de la noche, Junto a ellos, que ya descansan en la eternidad, tocaba las campanas de la amistad. Y en la mañana lo despertaban las gallinas que tenía en el solar, para iniciar, así, una nueva

empresa de amor cotidiana.

SU OBRA LITERARIA

Los suyos son libros apasionados, que toman partido, que luchan y defienden, que comprenden también, y recogen en sus páginas episodios, ideas y personajes a los que Ángel Cayo Atienza (o fray Pablo) entregó su vida. Corella, que abandonó muy pronto, aparece siempre en el fondo de su recuerdo: es el pueblo de Araciel donde se desarrolla gran parte de La torre vendida, y otros episodios de sus libros. Sobre esa pertinacia de la memoria infantil, su otra patria, no menos importante, es la Colombia en donde pasó la mayor parte de su vida, y sobre todo Cúcuta, ciudad de tierra caliente, que lo reconoció como uno de sus habitantes más emblemáticos.

En ese entonces se vadeaba el río Pamplonita, y él lo comparaba con las aventuras en los grandes ríos de la selva, el protagonismo de las fieras, la novela constante de los indios, todo el andamiaje que lo llevó a escribir su obra "Además, Urabá de los Katíos". El padre Atienza estuvo por Panamá, fundó un periódico, escribió cuentos, fue opositor político, en fin, protagonizó una existencia casi turbulenta y excitante, siempre en torno a su misión. Regresó a España debido a riesgos políticos y, por varios episodios sucedidos, debió salir de su orden.

Volvió a Colombia y llegó a Cúcuta, donde fue designado párroco en distintos barrios, desempeñándose con lujo de competencia durante más de cincuenta años. Por esos tiempos intensificó su labor literaria con "La torre vendida" y "La sobrina vedette y el tío cura", y con sus artículos en los periódicos de la ciudad, El Diario de la Frontera y La Opinión, o con su participación en varios programas de radio, en los cuales planteaba su ideología y la conciencia de estar proyectando su experiencia personal para aquilar la fe de la comunidad.

AHORA DEBE SER UN ÁNGEL...DE VERDAD.

Una de las personas a quienes he admirado es al padre Atienza. El ejemplo de este sacerdote abnegado se halla depositado en mi recuerdo como uno de los patrimonios afectivos más interesantes, por cuanto su amistad me representó la maravillosa oportunidad de valorar a un ser excepcional. Su sacerdocio lo ejerció con nobleza, afianzando en la misión pastoral la integridad de un hombre severo consigo mismo, en el afán de procurar a sus fieles la mejor opción espiritual, sin incurrir en exageraciones, ni fanatismos, con una conciencia de que la vida es el proceso de equilibrar el desarrollo material con la armonía de una intimidad fundamentada en el amor a Dios.

Su conversación poseía la fluidez de la sabiduría:

entendía la fragilidad humana con bondad, pero, especialmente, con la sutileza de no convertirse en aquel juez que condenaba, sino en el amigo que orientaba al perdón, al regocijo de aprender de las experiencias para construir una ética personal. (De hecho, así fue su propia vida, en la cual disfrutaba como cualquiera de los mortales un buen vino, una partida de cartas o la apresurada manera de aspirar el humo de un cigarrillo).

Atienza era excéntrico, sus actos lo demostraban, poco convencional, de una autenticidad suprema; por eso conversaba con los difuntos y en sus oficios aparecía, como una constante, la palabra diferente con la que expresaba sin ambages su pensamiento. Me emocionaba su intenso amor por los niños y la semblanza de ternura que a ellos ofrecía en su altar, al convocarlos a ir hacia él a compartir el anhelo de paz. Su muerte, ocurrida el 14 de Mayo de 1993, lo transportó al cielo que buscaba con ilusión. Ahora debe ser un ángel de verdad.

EPÍLOGO

Loor al Padre Atienza. Mi gratitud es inmensa, por haberme enseñado tanto. Y mi honor se desborda con la dedicatoria de su libro: "Para Don Juan Pabón, ingeniero que se ha construido una escalera hacia el amor y para el cielo. Con afecto de párroco y amigo". (16 de noviembre de 1977).

Su muerte, ocurrida el 14 de mayo de 1993, lo transportó al cielo que buscaba con ilusión. Ahora debe ser un ángel de verdad que está sepultado en la catedral de San José.



¿CÓMO HACER LO CORRECTO?

Con más arte y menos ciencia

Ya en el siglo II antes de la era común, durante la dinastía Han, en la China Imperial se accedía al Estado, a la administración y a la política a través de un intrincado sistema educativo donde, a pesar de notables excepciones, era imperativo haber superado con éxito las distintas fases de la estricta formación confuciana (el proceso podría tardar años o incluso toda la vida). El fundador de la dinastía Song fomentó la idea de un servicio civil cimentado exclusivamente en los méritos. Empero, a la par de los logros académicos o técnicos, se esperaba que los funcionarios imperiales, en todos sus órdenes, fuesen moralmente distinguidos.

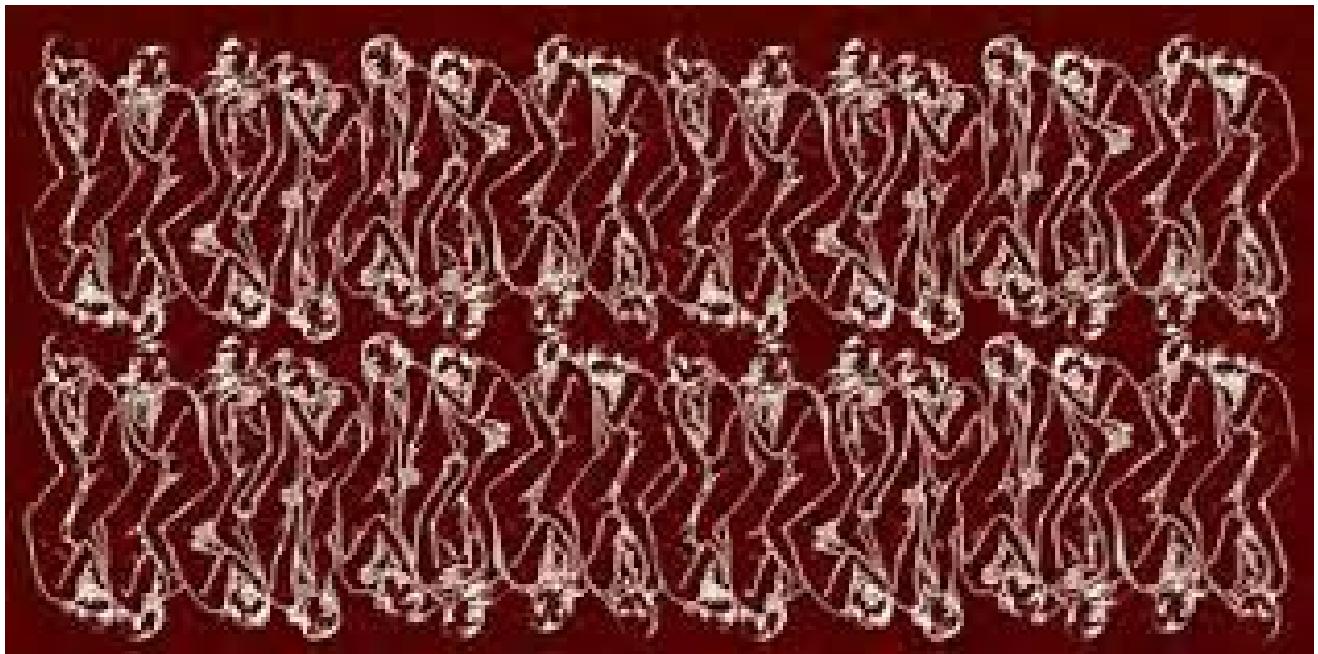
El comportamiento de los funcionarios públicos chinos era minuciosamente escrutado y no era extraño saber de la caída en desgracia de un ministro del Imperio, de un general, o de un prefecto por asuntos relacionados

con desviaciones al comportamiento y a la rectitud esperada de un caballero confuciano. Un funcionario cuestionado, inmediatamente caía en desgracia; sus actos habían de ser intachables, al igual que su reputación. La corrupción y demás vicios de la administración pública implicaban la perdida del honor; con la perdida del honor se perdía la dignidad. Sin dignidad ni honor en la China imperial, se era un paria social y la única forma de redención era el suicidio expiatorio (práctica heredada hasta nuestros días por los japoneses).

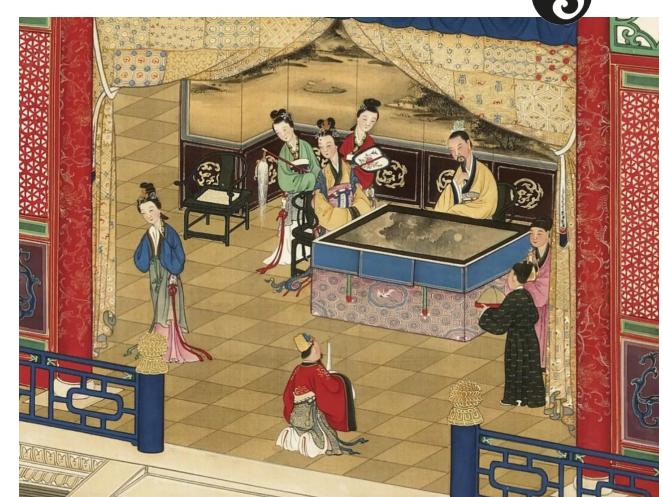
Empero, quizás lo más extraordinario es que en el eje de dicho sistema no se hallaban, como hoy, las ciencias. El núcleo de la educación imperial china, desde sus etapas más elementales, eran las artes y en especial la poesía. Considero que no es exagerado decir que, salvo escasas excepciones, la única forma de acceder al poder y a la estabilidad que brindaba ser parte del complejo sistema burocrático chino era a través de la poesía. Antes de poder desempeñar cualquier cargo público, había que ser ante todo un buen poeta. Por supuesto que era importante conocer a fondo las particularidades de la posición a ocupar, pero esto era accesorio.



JULIÁN LÓPEZ DE
MESA SAMUDIO



Un verdadero caballero confuciano desdeñaba las ciencias considerándolas como lo que son: instrumentos, herramientas para lograr un fin; técnicas, al fin y al cabo, pero no —en modo alguno— el eje de la educación. La poesía es trascendente porque a través de la sutileza de las artes se va desarrollando, poco a poco, una sensibilidad particular que no se puede enseñar sino vivir, sentir. Confucio consideraba que la sensibilidad estética era una condición para formar personas éticas. Por casi veintidós siglos el sistema confuciano de valores condicionó (y aún incide) todas las esferas de la vida en China.



Luis A. Calvo

ELLIE ANNE DUQUE
(Universidad Nacional de Colombia)

Tn sus Canciones y Recuerdos (segunda edición de 1968) Jorge Añez narra sus impresiones acerca del devenir de la canción colombiana y agrupa su existencia en cuatro etapas. Señala como tercera la comprendida entre los años de 1890 a 1930 y la describe como la edad de oro de la canción colombiana. Añez observó atinadamente la proliferación y la intensidad con la cual se vivió un momento musical peculiar en la creación de un repertorio colombiano, pero, debido a su interés por la canción, no se detuvo a investigar lo que sucedía con la pieza para piano. De haberlo hecho, no tendría palabras para complementar lo que ya había detectado como el instrumento culminante de la canción romántica.

Los casos de los archivos de Oriol Rangel (hoy en el Centro de Documentación Musical de Colcultura) y Pedro Pablo López (hoy parte del archivo Perdomo-Biblioteca Luis Ángel Arango) son elocuentes y contundentes. Cientos y cientos de piezas para piano escritas por los maestros reconocidos como tales, por aficionados arrastrados por la avalancha musical y por atrevidos compositores anónimos atestiguan el impacto de la música de salón en la sociedad colombiana en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX.

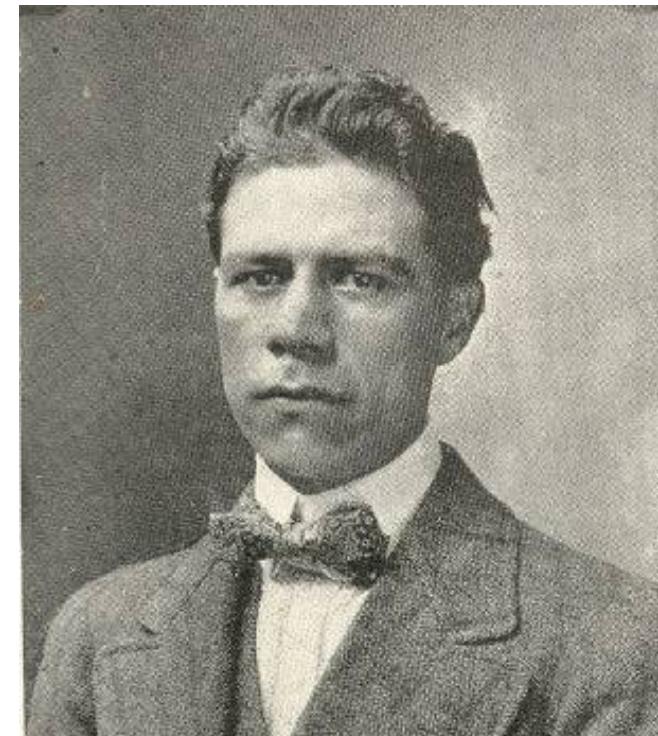
El mejor calificativo para describir estas composiciones es el de piezas de salón, si bien el salón artístico literario europeo se tradujo entre nosotros como una tertulia de índole más social que artística. En el repertorio



para piano de los salones colombianos predominaron los valses, los pasillos y danzas, que se acomodan también a la descripción de pieza de carácter cultivada por los franceses; sin embargo, no todas esas obras acusan el nivel de elaboración que se espera de la pieza de carácter, y muchas pertenecen al mundo de lo popular por su esencia directa y descomplicada. El patrón de todas ellas es el vals, y hasta los pasillos tempranos tenían una forma ternaria da capo estricta en la cual la sección media se denominaba trío. Los valses y pasillos se escribieron por tandas, única solución a la necesidad de extensión formal.

Emilio Murillo (1880-1942), Pedro Morales Pino (1863-1926), Luis Antonio Calvo (1882-1945), Fulgencio García (1880-1945), Carlos Escamilla (1879-1913) y Alejandro Wills (1882-1942) son nombres que en cualquier hogar colombiano se asocian con imágenes de los más finos exponentes de la música andina. Conformaron grupos, fueron los primeros en entrar al mercado del disco, generaron un repertorio nacional y participaron, sin saberlo, en forjar un perfil cultural nacional indiscutible. Constituyen una generación excepcional en el devenir de la música popular en Colombia. Morales Pino es el maestro, el precursor. Con sus clases en la Academia Nacional de Música (luego Conservatorio) y con la creación de la Lira colombiana-La primera orquesta estable de música andina- marcó el rumbo para sus alumnos.

Entre ellos se destacaron Murillo, fundador de su propia estudiantina, García, también alumno suyo, y Wills, otro abanderado de la formación de conjuntos de música nacional. Calvo, nacido en Gámbita (Santander) el 28 de agosto de 1882, trabajó al lado de Morales Pino en La Lira y buscó una educación musical formal en la Academia Nacional de Música junto a los profesores Rafael Vásquez Flórez y Guillermo Urbe Holguín. Allí estudió una gran variedad de instrumentos, entre ellos



el chelo, y llegó a desempeñarse como instrumentista de la orquesta de La Academia. Su experiencia musical anterior había sido intensa pero limitada: fue ejecutante de bombo, platillo, bombardino y violín en Tunja, y de píston en la Segunda Banda del Ejército en Bogotá.

La música fue su vocación, carrera y profesión. Según sus propias memorias, una de sus primeras composiciones públicas, la danza Lívia, fue ejecutada con éxito por la banda en 1908. El ímpetu de su carrera en Bogotá se vio frenado por el contagio de la lepra y su retiro en 1916 hacia Agua de Dios, conocida entonces como la Ciudad Martirio, donde vivió hasta su muerte, ocurrida el 22 de abril de 1945. Las notas autobiográficas de Calvo y su obra están teñidas de una permanente añoranza y sentido de lo trágico.

Entre el grupo de compositores anteriormente mencionado, Luis A. Calvo se proyecta como el más interesado en el desarrollo de un repertorio pianístico, si bien no se puede desestimar su interés por la canción, ni tampoco los logros pianísticos de sus contemporáneos. Sin embargo, hacer referencia a dos de sus obras, Malvaloca y Lejano Azul, es para muchos mencionar auténticos paradigmas de la música para piano en Colombia. El atractivo indiscutible del repertorio de Calvo es el del impacto afectivo de su fértil imaginación melódica.

No fue un innovador. El listado de su obra comprende todo lo relativo al gusto de su época: un número considerable de valses, canciones, pasillos y danzas; pocos bambucos (cinco) dos marchas, un par de gavotas, una mazurca, serenatas y brotes de música muy popular como el tango, fox-trot, one step y arreglos de música



española. Entre sus obras más elaboradas figuran cuatro intermezzi para piano, un preludio, un capricho y un arabesco, en donde Calvo se permite mayores libertades con el piano. Se puede decir que el conjunto de piezas que no parte de la tonada popular pretende, sin duda, ser más elaborado y un tanto más académico en la técnica.

Calvo incursionó tímidamente en el campo de la orquestación sinfónica. Existe un ensayo suyo de 1941 para orquesta y coro, Escenas pintorescas de Colombia, y también arreglos de obras de otros compositores como la instrumentación de Daveiva, obra de Telésforo Dalemán. La visión general de la obra musical de Calvo se complementa con una docena de himnos, tres melodramas, una opereta

y unas treinta obras vocales religiosas entre himnos, trisagios, cantos y motetes. Los mejores ejemplares de la obra de Calvo fueron editados e impresos por Guillermo Navia. Son ediciones claras, con hermosas viñetas en la portada y una fotografía del compositor con el torso cruzado por una cinta de notas musicales. De la imprenta de L.M. Aguillón (anterior a la de Navia) también hay buenos ejemplares (Emmita, El Buen tono, Emilia II). Preocupa el desgredo y la mala calidad de las ediciones posteriores, como también la falta de información acerca del compositor en fuentes secundarias.

Se traduce en la obra para piano de Calvo un hecho evidente: un talento musical natural que recoge pocas influencias externas como no sean las de la música que permeó su juventud. Se pueden detectar giros en su obra que evocan fugazmente referencias preexistentes. Tal es el caso de quienes asocian no sólo el título, sino las sinuosidades del Arabesco con el célebre Arabesco No 1 de Debussy; ornamentaciones que de inmediato nos recuerdan la música de Chopin están presentes en el capricho Cartagena y en preludio Spes Ave; la gavota Cecilia sorprende con su introducción densa y el toque clásico, casi mozartiano, de siguiente sección. Pero, en general, Calvo redefine la pieza de salón en cada obra que escribe. El patrón formal de partida se repite en la mayoría de las obras. Los músicos populares en Colombia aprendieron a componer observando el vals: una pieza claramente seccionalizada (cada sección repetida) con contrates armónicos claros entre una y otra sección. Para finalizar se vuelve a la tonalidad original con el retorno a la primera parte. Hacia finales del siglo XIX se popularizó la tonada de valses, pequeño conjunto de valses que se tocaban



uno tras otro (con sus repeticiones) hasta llegar a una coda que recapitula las características más sobresalientes de los escuchado anteriormente. Esta manera de componer se desborda en el pasillo, la danza escrita más popular en el siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX.

La repetición es el elemento clave del desarrollo musical en la obra de Calvo. Resulta interesante observar cómo seccionaliza y cómo distingue una sección de otra. Generalmente, cada sección termina con un gesto muy enfático sobre la tónica, pero el paso a la siguiente sección llama la atención ya sea porque hay un cambio de tonalidad

inesperado a un modo menor (o mayor, según el modo que se abandone) o a una nueva tonalidad, en la mayoría de los casos armónicamente lejana (preferiblemente a la distancia de una tercera). El pasillo La Chata, sin embargo, es un ejemplo excepcional de unidad armónica entre secciones. Algunas piezas cuentan con una introducción; es el caso de los valses Anhelos y El buen tono, como también el preludio a la opereta Una noche en París.

Pero, en general, Calvo no experimenta con la forma y depende en exceso de las repeticiones para extender una pieza. El Arabesco posee una de las estructuras más sólidas, amén de una escritura pianística variada. Los acompañamientos cuidan mucho el contenido armónico y marcan con claridad los ritmos. Por ello tienden a ser en bloques de acordes y a no participar en el desarrollo temático de las obras. Aun cuando hay mucha más variedad en la técnica pianística con la mano derecha, el compositor en ocasiones abusa del recurso de las octavas, que da sonoridad, pero sacrifica la posibilidad de un buen legato melódico como sucede en la danza Emilia II. En ningún momento experimenta con un procedimiento

contrapuntístico y pese a las restricciones que se impone, ya sea por seguir el gusto de la época, por adaptarse al estilo popular, o por su timidez frente a la academia, logra una obra coherente y con una particular estética afectiva.

Si bien no podemos describir el estilo de Calvo como particularmente cromático, no le falta colorido y genio. Calvo juega con nuestras expectativas y prueba de ello son los –chistes musicales– contemplados en Genio Alegre, un pasillo breve lleno de humor y vigor. Cuando es necesario, apela a los lugares comunes de la música española (Una noche en París, Gitana, Imperio Argentina, Cocotero), a los giros del

Café parisino (en la opereta Una noche en París) o a las esquivas frases románticas que prolongan la cadencia y enriquecen las expectativas, al pasar de la dominante a la tónica menor y rematar en la tónica mayor o al reemplazar las dominantes con las napolitanas y segundas menores. Su catálogo armónico se encuentra en las secciones internas de Spes Ave, en el preludio a Una noche en París y en los gestos lúdicos de Genio Alegre.

Pero el genio romántico de Calvo no radica en su entendimiento de la armonía sino en la facilidad con que produce una melodía tras otra, en los contextos rítmicos más disímiles. Carmiña, Emmita, Emilia II, María Elena, Inés, Ruth, Cecilia, Aminta, Blanquita, Betty, Livia, Blanca, Anita, Consuelito, Paulinita, Alcira, Margarita... ¿Cómo distinguirlas? Algunas piezas son danzas, otras valses pasillos. Salvo Diana triste ninguna es particularmente descriptiva; no obstante, cada una tiene su carácter. Cualquiera de estas damas y niñas, recipientes de una dedicatoria del compositor, debió sentirse justamente alagada. Cada obra es un poema musical secretamente personalizado.

Las piezas para piano de Calvo no son descriptivas sino evocadoras. No hablan de eventos sino de sentimientos, y de la manera más directa. Hay quienes aún piensan que la música de Calvo es triste. Su vida no se divorcia fácilmente de su obra. Conoció la tragedia, el destierro y el desprecio social. Aunque carecen de fuerza poética, los textos de sus canciones comunican con vehemencia el remolino afectivo de su vida. ¿Cómo no conmoverse con La orden de Lázaro? Sus contemporáneos prefirieron los sufrimientos imaginados en Flores Negras y Cuatro Preguntas, a los testimonios reales enviados por Calvo desde Agua de Dios, hacia donde partió en 1916. El número total de composiciones de Calvo sobrepasa las 160. Las piezas para piano son en su conjunto refinadas y elegantes; las danzas, delicadas; los pasillos, ingeniosos; los intermezzi, sugestivos y los valses encantadores. Obras pensadas para una sociedad idealizada, a la cual no le era permitido pertenecer. A ella dedicó su vida.



Yo me enseño, a mí misma, y a los demás, que en la imperfección puede hallarse belleza...

Elena Porras Yampey...(Houston, Texas)

Exposición de Elena Porras Yampey en Houston



LOS DIENTES

A menudo dibujo dientes y, a propósito, los hago imperfectos. Mi propia dentadura no es perfecta y a través de mi arte yo me enseño, a mí misma, y a los demás que en la imperfección puede hallarse belleza...



LAS VENAS

En mi arte, yo dibujo venas orientadas a los ojos. Ellas dan expresión a al dolor que experimento en mi cuerpo, un dolor que va y viene, inesperadamente. Es una manera para mí de hacer visible lo invisible.



CICATRICES PUNZADAS

Las cicatrices aparecen como una reflexión de las muchas y pequeñas huellas que llevo en mi cuerpo. Ellas conectan mi historia, mis esfuerzos, y mi curación... como un todo.

